

## EL SENTIDO GEOGRAFICO EN LAS CIVILIZACIONES PROTOHISTORICAS

Todos sabemos que el paso de lo "oriental" a lo "helénico", o sea el despertar de la civilización "clásica" y su súbito desarrollo entre los siglos VII y V a. J. C., constituye un jalón fundamental en la evolución del espíritu humano, uno de los grandes giros de la historia. Intuimos que la aparición de un Tales, de un Heráclito, de un Sócrates, significa aún más que lo que esos personajes hayan hecho o dicho. Solemos decir vagamente que nace la "edad de la razón" sobre las huellas de la "edad del mito"; que comienza el imperio de la "individualidad", a diferencia del de la colectividad jerarquizada y anónima, etc. La importancia que a ello le atribuimos estriba más que nada en que la visión del mundo que se inicia es —por primera vez en nuestra línea histórica— *la nuestra*; que en sus problemas, o, mejor dicho, en su forma de plantearlos, hay ya una similitud de especie con la nuestra.

Creo que es de fundamental interés para nuestra autoconciencia cultural ponernos en claro lo más posible sobre estos conceptos (verdaderos, pero quizás excesivamente abstractos, y por eso, estériles), y sobre el significado de aquella época de transición, de profundos cambios espirituales aun en el seno de otras civilizaciones —Lejano Oriente, quizás América—. Para ello debemos considerar, no sólo el campo de lo filosófico, literario y artísticos, sino las demás manifestaciones culturales, y estudiar con tanta o mayor atención las formas y concepciones anteriores, de las que las nuevas nacieron como los pétalos que surgen del seno del cáliz. No en vano las más ilustres figuras historiográficas y aún filosóficas de nuestro siglo lanzan preferentemente su mirada hacia esas "otras tierras" (E. Faure), que constituyen las grandes formas mentales predecesoras de la nuestra y hasta cierto punto sobrevivientes en la periferia del mundo occidental (Spengler, Th. Lessing, Toynbee, Northrop...).

Un aspecto ilustrativo de este paso en la historia del espíritu, y que puede contribuir a su comprensión, lo constituye lo que podríamos denominar el sentimiento de la realidad geográfica, tal como se nos muestra entre los antiguos pueblos orientales. Constituye, por otra parte, el capítulo preliminar de la historia de la Geografía, y merece que le dediquemos algunas palabras.

Las grandes civilizaciones protohistóricas tenían un marcado carácter continental, y su evolución parece haberse realizado "in situ" desde las épocas más primitivas. La concentración de habitantes que se necesitó para su formación fué alimentada por la afluencia de grupos humanos que con el tiempo se fusionaron y organizaron en un orden social jerarquizado. El advenimiento de un poder central firme significó, primeramente, una acentuación del aislamiento de cada estado, y la interrupción del movimiento migratorio en su seno, y luego, la posibilidad de relacionarse, esta vez política y comercialmente, con las regiones "bárbaras" vecinas. Este es el cuadro que nos presenta, por ejemplo, el Egipto durante el III milenario antes de Jesucristo. Es entonces la época en que predomina una concepción mítico-geográfica del espacio, que considera fundamentalmente al propio país —y más concretamente a la capital del estado— como centro del círculo que forma el mundo, el cual a su vez se divide en cuatro partes o cuadrantes. Una tercera etapa correspondería a la expansión territorial del poder político por medio de la conquista militar. Aquí es donde podemos encontrar las primeras aproximaciones a una descripción geográfica, en las enumeraciones que, por ejemplo, los faraones hacen de los lugares conquistados en el curso de una campaña militar, y en la jactanciosa mención de todos los países que le rinden pleitesía. Con ello se asocian también las primeras descripciones figuradas de pueblos y razas extranjeras, fielmente retratadas en sus bajorrelieves. Pero el conocimiento de los países lejanos sigue encuadrado dentro de la concepción del mundo ya mencionada. Esta no dirige su mirada tanto sobre la tierra física, como hacia el cosmos en general, preocupada como está por mantener el vínculo del hombre con el mundo divino, al cual subordina enteramente el mundo humano y terrestre. De ahí el peculiar incremento de la astronomía (en su forma astrológica) y de las matemáticas, sin las cuales no hubiera sido posible la concepción y realización de las pirámides de Egipto y los *siggurat* de Babilonia. Así como más tarde, aunque en un estado cultural correspondiente, los monumentos de Tiahuanaco y del Yucatán.

Estamos, pues, lejos de una imagen de la tierra surgida de la observación directa; no es *pensada* en relación con el ambiente propiamente humano (lo que recién ha de producirse entre los helenos), sino *intuida* en estrecha conexión con la esfera cósmica total, de la que la tierra no sería, en todo caso, sino una proyección, una sedimentación. Con el tiempo se va materializando esta figura, y así se llega insensiblemente a la idea de una Tierra plana y sólida cuyos extremos, más levantados, sostienen, a modo de columnas, la bóveda celeste

—también sólida “sui generis”—.

Esta idea, que todavía pervive en Homero, es en sí expresión del llamado por Frobenius “sentimiento de caverna”, en oposición al “sentimiento de lontananza” propio de los pueblos de Occidente. Son formas espirituales básicas y características que sin embargo no viven aisladas, sino que se fecundan mutuamente a lo largo de la historia.

Detengámonos algo sobre el “sentimiento de caverna”. Es el que ha producido las más antiguas manifestaciones de cultura monumental y cuyo exponente más puro y elemental podemos encontrarlo en el pastor nómada, el cual, viviendo bajo el cielo libre, hace al cielo confín de su propio ser. “Los confines de sí mismo se repetían por la cúpula celeste” (Frobenius, *La Cultura como Ser Viviente*, pág. 149).

Ecos muy significativos de esta concepción encontramos en el Antiguo Testamento; en especial, el relato cosmogónico del primer capítulo del Génesis. Allí se habla de la “expansión de los Cielos” que separa las aguas superiores de las inferiores, y bajo la cual emerge la Tierra. (Idéntica es la imagen babilónica, que agrega en el plano inferior el reino de los Muertos, con su palacio amurallado). En el libro de Job leemos:

“El (Yahvé) extiende al norte sobre el espacio vacío,  
y suspende la tierra de la nada...  
Describe un círculo sobre la haz de las aguas,  
hasta donde se junta la luz con las tinieblas.  
Las columnas del cielo se estremecen  
y quedan asombradas, a causa de su reprensión.  
Con su poder aterra el mar,  
y con su inteligencia domeña su arrogancia”. (XXVI, 7-12).

En los Proverbios (VIII, 27) se habla de cuando Yahvé “estableció los cielos, cuando trazó un círculo sobre la haz del abismo...” Es sabido que la idea mítica del Ὠκεανός, del “Padre Océano” homérico, está emparentada lingüísticamente con este “círculo” (raíz hebrea *og*).

Podemos comprender porqué, no obstante las navegaciones y las expediciones terrestres, a veces bastante extensas, de los antiguos pueblos orientales, sus conocimientos regionales no llegaron a implicar un verdadero ensanche de su conciencia espacial, ya que ésta permaneció atada durante muchos siglos a esa especie de esquematismo mítico ya señalado. ¿Por qué, por ejemplo, no podemos ver en los viajes efectuados por los fenicios una base directa para el surgir de una geografía científica?

No sólo conservaron los fenicios una marcada concepción mitológica del espacio —siendo por lo tanto su conocimiento de la esfera terrestre de un carácter más bien “instintivo” que racional y objetivo—, sino que, siendo comerciantes por exce-

lencia, lo que equivale a decir egoístas en grado máximo, pusieron todo su empeño en mantener en secreto tanto sus rutas comerciales como sus nuevos descubrimientos.

Un ejemplo de otro carácter lo tenemos en la expedición enviada por la reina egipcia Hatchepsut a principios del siglo XV antes de Jesucristo al país de Punt, que debe ser la actual Somalia africana. La noticia de este viaje al "país de los dioses" quedó encerrado en las paredes del templo-tumba de Deihr-el-Bahri, al sólo alcance de sacerdotes e iniciados. Así se podría caracterizar, en mayor o menor grado, toda la geografía del Oriente prehelénico.

No obstante, casi todos los elementos con que se habrá de construir la geografía como ciencia (así como las demás) se encuentran, más o menos embrionariamente, allí. La astronomía, la cosmografía, la cronología y el calendario alcanzan gran desarrollo por efecto del "impulso mántico"<sup>1</sup>. Lo mismo puede decirse de la agrimensura y la geometría, nacidas por la necesidad de *orientar* a los templos y otros monumentos, y de dividir armónicamente una región geográfica que, con el aumento de las conquistas territoriales, se fué ampliando cada vez más. Lo que no quiere decir que no hayan sido empleadas para fines prácticos inmediatos, como ser, en el Egipto, el cálculo de las crecidas del Nilo y su regularización, etc.

El encierro ambiental de los pueblos orientales, de que da muestra la "tabla etnográfica" contenida en el capítulo X del Génesis (comprende a los pueblos montañoses del Asia Menor e Irán —Japhet— los de piel bronceada del Norte de Africa y Sur de Arabia —Kham—, y los del "centro" —Sem—) está, dentro de su relativa amplitud, en un todo de acuerdo con la "mentalidad de caverna" antes mencionada. No era condición propicia para la creación de una ciencia geográfica, que presupone una capacidad de observación y retención ilimitada, frente a un espacio también ilimitado.

Son los helenos quienes partiendo de un estado geográfico-mítico de aspecto semejante al oriental, llegarán a una "conquista psíquica del espacio" comparable sólo a la que presidió a la expansión náutica europea iniciada el siglo XV; aunque ésta tiene proporciones mucho mayores. De ahí que en ellos, sí, podamos encontrar el fundamento de nuestra ciencia geográfica.

<sup>1</sup> "El impulso mántico consiste en el deseo de anticipar el conocimiento de lo "fausto" o "infausto" y, en especial, en la convicción que fuese necesario averiguar el lugar y el tiempo que conviene para la realización de todo acto humano". (Imbelloni, La linfa de la "Scienza Nuova" y sus manantiales, pág. 34).

El sentimiento protohistórico del espacio es simple y grandioso. El hombre se sentía entonces atado inexcusablemente al mundo en su articulación simétrica en esferas y sectores, cada uno de los cuales *tenía un sentido* para su vida, sus sentimientos y acciones. Es así como debe entenderse esa "falta de libertad interior" antigua, que en su forma babilónica tanto sobrevive en muchas de nuestras supersticiones. Pero esto, *que hoy no tiene sentido* (y cuando lo quiere tener, completamente desfigurado), entonces sí lo tenía, porque formaba parte del significado total del mundo y de sí mismo. No le interesaba observar al mundo tal como era, decimos hoy. Pero ello es porque recién nosotros —y desde los albores de la Grecia clásica— vemos al mundo como algo "fuera de nosotros", y por tanto, como algo que tenemos que conquistar. Recién aquí nace el concepto, estéril, vacío de sentido, de "materia". La tierra y el cosmos, seno divino para los portadores de las primeras civilizaciones, y por lo tanto carentes de "utilidad" profana, todo ello es luego sentido como exterior, informe, infinito; como enajenable, analizable; en fin, como sujeto a utilización y explotación a menudo desenfrenada.

"El sentimiento de caverna con su observación del espacio, que, conforme a la conciencia, se cierra, sin esperanzas, herméticamente, conduce por fuerza al sentimiento del *kismet*. Como una bóveda posada yace el mundo sobre el hombre; la religión funesta de los etruscos, la ira y el castigo sempiterno de Jehová, la imaginación del infierno, que no es más que otra caverna proyectada al más allá y debajo de la tierra... son manifestaciones de este sentimiento de caverna condenada a la desesperanza eterna... Sólo el hombre de la imaginación de lontananza, al que la concepción de la infinidad y el misterio de un mundo ambiente desconocido enfrentan con enigmas (¿no desconoce primitivamente del todo el oriental el enigma?), puede lograr el destino de la autonomía. Sólo a él le seduce, más allá del aquí y del ahora, un algo alcanzable y un futuro opaco. Sólo él puede llegar al autodesarrollo individual (la antigüedad clásica)". (Frobenius, *La cultura como ser viviente*, págs. 153-154).

Con estas citas del magnífico, aunque algo enrevesado libro del gran africanista, cerramos estas consideraciones. Sólo me permitiré plantear aún esta pregunta: ¿sabrá nuestra humanidad occidental volver a una concepción viva y plena de sentido del mundo, integrando, pero con profundidad y exactitud científica, ambas *formae mentis*: ¡la de caverna y la de lontananza!...